

HISTORIA URBANA: EL ESPACIO NO ES INOCENTE

URBAN HISTORY: SPACE IS NOT INNOCENT

José Luis Oyón y Marta Serra Permanyer
ETSAV-Universidad Politécnica de Catalunya

Entregado el 15-12-2009 y aceptado el 15-2-2010

Resumen: El artículo pone de manifiesto la sustantividad de una historia urbana enfocada desde la variable espacial. Se toma como ejemplo la investigación sobre la Barcelona obrera de entreguerras, donde sólo una investigación que ponga en relieve el perfil socioespacial de los obreros permite descubrir sus diferentes comportamientos políticos.

Palabras, clave: espacio urbano, historia urbana, historia social obrera, Barcelona 1914-1936, revolución obrera.

Abstract: The paper argues on the substantivity of an urban history focuses on the urban variable. The example of inter-war Working-Class Barcelona is studied in order to assess the relevance of the spatial variable as an explanation of the different union and political attitudes of revolutionary workers.

Key words: urban space, urban history, workers social history, Barcelona 1914-1936, workers' revolution.

El argumento principal en este artículo es que en la historia urbana, si algo tiene este campo de estudios de específico, todos los hechos históricos acaban tomando sentido al situarlos en el espacio urbano, toda explicación se torna más transparente al enraizar los fenómenos en estudio en el suelo mismo de la ciudad. Si algo tiene de sustantivo esa historia, creemos, es que constituye una manera de historizar esencialmente geográfica, que habla de las regularidades y diferencias que se observan al analizar un proceso histórico en el paisaje urbano («ciencias de las diferencias», llamó Roncayolo a la historia urbana). Dicho de otra manera, el *dónde*, que habitualmente en los estudios históricos se convierte en una mera ilustración circunstancial, simplemente contextual y no explicativa, es lo que acaba constituyendo la esencia misma del proceder de una historia urbana que se quiera sustantiva. La relevancia del *dónde*, el arraigo material de los hechos históricos en puntos concretos de un espacio activo, vivo y diferenciado, se convierte si se quiere en lo fundamental. Afirmar que en «el espacio leemos el tiempo», como recuerda el libro de un historiador aparecido recientemente, se convierte en una cuestión central en la historia urbana.¹

¿Podemos, por centrar la discusión sobre un problema historiográfico concreto, hacer historia obrera en las ciudades en la época de máximo despliegue de las revoluciones obreras sin responder a una serie de preguntas que tienen que ver con ese «dónde» del que hablamos? ¿Es posible ignorar la inserción urbana de los protagonistas de las insurrecciones, o considerarla simplemente secundaria? ¿Podemos en último término explicar el mundo obrero sin estudiar a fondo los espacios de la ciudad vivida? Pensamos que conectar espacio urbano y mundo obrero, examinar la relación entre ciudad y clase obrera debería ser, si no el objetivo central, por lo menos un argumento insoslayable de cualquier historia urbana del mundo trabajador de esos años.

Lo primero que habría que hacer para abrir camino es terminar de superar el lastre de décadas de historia obrera poco o nada espacializada².

¹ K. Schlögel, *En el espacio leemos el tiempo. Sobre Historia de la civilización y Geopolítica*, Siruela, Madrid, 2007.

² J.E. Cronin, «Labor Insurgency and Class Formation: Comparative Perspectives on the Crisis of 1917-1920 in Europe», en J.E. Cronin, C. Siriani (ed.), *Work, Community and Power. The Experience of Labor in Europe and America, 1900-1925*, Temple University Press, Filadelfia, 1983. Lo que sigue se basa esencialmente en J.L. Oyón, «Historia urbana e historia obrera: reflexiones sobre la vida obrera y su inscripción en el espacio urbano, 1900-1950», *Historia Contemporánea*, 24, 2002 a donde remito para el detalle.

Ira Katznelson ha explicado con claridad la causa de tal a-espacialismo: hasta hace relativamente poco la ciudad ha sido en realidad el pariente pobre del pensamiento marxista, la tradición hegemónica en la historiografía obrera³. La visión totalmente subsidiaria de la ciudad, implícita en la mayor parte de la historia de inspiración marxista, es característica también del proyecto marxista de ciudad alternativa —la ausencia de proyecto en realidad. Al carecer de sentido pensar la ciudad del futuro de no ver antes derribados los cimientos del capitalismo, se aplazó toda reflexión sobre la nueva ciudad. Eso ha dejado al marxismo huérfano de representación en la historia del urbanismo moderno. No podemos decir lo mismo de las otras dos grandes corrientes del socialismo, la socialdemocracia y el anarquismo. Toda la historia del urbanismo europeo se ha nutrido de la reflexión de la socialdemocracia municipal y de sus actuaciones desde finales del siglo XIX en los campos del planeamiento, de la vivienda, de los equipamientos e infraestructuras municipales. Defensor de una visión del mundo donde hombre y naturaleza nos son entidades separadas, donde el fin último de una sociedad libre está enteramente contenido en los medios presentes para alcanzarlos (y en consecuencia, donde no hay que posponer necesariamente la acción y la propuesta de nueva ciudad a la espera del gran momento revolucionario que todo lo altere), más dado por tanto a la acción inmediata, la inventiva del anarquismo en la formulación de ideas de una integración campo-ciudad y de un urbanismo local gestionado desde los usuarios está también reconocida en las buenas historias de las ideas urbanísticas del siglo XX como la de Peter Hall⁴. Según Katznelson, la a-espacialidad de la historia marxista resulta ya anacrónica porque desde finales de los años sesenta existe por vez primera un importante cuerpo de teoría sobre la ciudad capitalista, (Harvey y Castells principalmente) surgida en el propio seno del marxismo que postula una visión más abierta a la ciudad como escenario activo de las prácticas sociales que la historiografía —o al menos la historiografía de raíz marxista— no puede ya seguir ignorando. Habría que aceptar en su opinión el reto de una nueva relación del marxismo con la

³ I. Katznelson, *Marxism and the City*, Oxford University Press, Oxford, 1992, Cap. 1.

⁴ P. Hall, *Ciudades del mañana*, Ediciones del Serbal, Barcelona, 1996 (1988); «Creo que los padres anarquistas, dice Hall, aunque poco realistas e incoherentes, tuvieron una magnífica visión de las posibilidades de la civilización urbana, lo cual es digno de ser recordado y celebrado», 14-15.

dimensión espacial de las ciudades, una ambiciosa «re-espacialización» que afinaría su capacidad analítica.⁵

Otros trabajos historiográficos de los años ochenta contribuyeron a derribar fronteras entre historia del trabajo e historia de la ciudad para la época de definitiva consolidación urbana del moderno proletariado industrial, en las primeras décadas del siglo xx. El primero de ellos, el de J.E. Cronin, abordaba la relación entre vida obrera y espacio urbano al analizar la extraordinaria coyuntura militante de las clases trabajadoras urbanas en la Europa de 1917-1920.⁶ Tales acontecimientos encontrarían su raíz en un proceso de «reconstitución» de la clase obrera caracterizado por la aparición de un nuevo tipo de industria y de un nuevo tipo de barrio obrero. Una «precondición esencial» según Cronin de la oleada de huelgas y sindicación obrera que recorrió Europa desde 1917 fue una nueva estructuración del espacio urbano. El crecimiento urbano de las ciudades europeas desde 1880 habría originado unos nuevos barrios obreros diferentes de los barrios populares del siglo xix que se convirtieron en el centro de una «intensa vida comunitaria surgida de la superposición de las esferas del trabajo, el consumo, el ocio y la acción colectiva (...)». Surgieron así, «comunidades más sólidas que fueron el *locus* común de la amistad, el parentesco el trabajo y el ocio».⁷

Siguiendo la pista de Cronin, otros autores, como Magri y Topalov, han establecido hipótesis interpretativas de la interconexión entre vida obrera y espacio urbano⁸. Su método es mostrar que la existencia de historias sepa-

⁵ *Paris, capital of modernity*, Routledge, N. York-Londres, 2003 (Akal, Madrid, 2008), representaría la versión más acabada y concreta del pensamiento de Harvey aplicado a la historia urbana parisina. Una plétora de geógrafos, urbanistas y estudiosos marxistas de las ciudades —e la que sería aquí ocioso dar cuenta pormenorizada— más o menos declarados partidarios del *spatial turn* en las ciencias sociales navega desde hace años por esas aguas.

⁶ J.E. Cronin, «Labor Insurgency and Class Formation: Comparative Perspectives on the Crisis of 1917-1920 in Europe», en J.E. Cronin, C. Siriani (ed), *Work, Community and Power. The Experience of Labor in Europe and America, 1900-1925*, Temple University Press, Filadelfia, 1983. Ver también «Rethinking the Legacy of Labor, 1890-1925», *Ibid.* y «Il movimento «rank-and-file» e la storia della classe operaia», *Quaderni Storici*, 66, XXII, dec, 1987, pp. 915-935 sobre su posición metodológica en el seno de la historia obrera.

⁷ J.E. Cronin, «Labor Insurgency.....», *cit.*, 36.

⁸ S. Magri, CH. Topalov, «Pratiques ouvrières et changements structurels dans l'espace des grandes villes du premier xxe siècle. Quelques hypothèses de recherche», en *Ibid.* (eds), *Villes ouvrières, 1900-1950*, L'Harmattan, Paris, 1989. El seminario aludido tuvo lugar en 1986-7 en el Centre de Sociologie Urbaine de Paris, la escuela de Castells y muchos otros sociólogos, institución señera de los estudios urbanos de marxistas, donde Topalov y Magri tenían ya una larga trayectoria.

radas del trabajo, de la sociabilidad y de la ciudad es un obstáculo para la investigación. Su reflexión plantea dos matices importantes a la interpretación de Cronin. Primero, es más deliberadamente espacialista, al basarse en una larga tradición procedente de los estudios urbanos franceses: «Las relaciones sociales que constituyen la vida obrera no se desarrollan de la misma forma en espacios urbanos diferentes. Reflexionar sobre una tipología de éstos, tal como se despliegan en la gran ciudad en el curso de la primera mitad del siglo XX, puede ayudar (...) a diferenciar los sistemas de prácticas de los que han sido escenario»⁹. Eso lleva a matizar algunas afirmaciones excesivamente sumarias de Cronin desde una muestra empírico-geográfica más variada que permite diferenciar tipos distintos de crecimiento urbano, modalidades distintas de barrio, o de movilidad dentro de la dinámica de formación (de re-formación) de la clase obrera en la gran ciudad. La segunda precisión atañe a la propia visión de la clase obrera, más heterogénea de lo que en principio suele pensarse, con espacios urbanos y recorridos diferentes en la ciudad en sus distintos estratos.

Reflexionar sobre esa diversidad de experiencias obreras en el marco del espacio urbano debería ser un objetivo fundamental de cualquier historia de los trabajadores en la ciudad de esos años. Estas aportaciones, más meras hipótesis de trabajo que investigaciones empíricamente contrastadas, aportan puntos de vista que merecen ser investigados con profundidad en la realidad del espacio urbano. En el trabajo sobre Barcelona, al que a partir de ahora haremos referencia exclusiva, lo que se ha hecho esencialmente es, a través de fuentes muy diversas que permiten siempre situar a individuos concretos en espacios concretos de la ciudad, definir unos tipos de espacios urbanos obreros, unos *escenarios urbanos*, y una serie de *figuras obreras* clave para ver cómo perfil sociológico y localización se combinan de maneras particulares para definir lo que se puede llamar *perfil socioespacial* del trabajador, una auténtica variable explicativa del devenir del mundo obrero de esos años¹⁰.

⁹ *Ibid.*, p. 36.

¹⁰ Lo que sigue lo he tratado ampliamente en el reciente *La quiebra de la ciudad popular. Espacio urbano, inmigración y anarquismo en la Barcelona de entreguerras, 1914-1936*, Ediciones del Serbal, Barcelona, 2008. Un versión resumida, pero más detallado de lo que explica este artículo puede verse en J.L. Oyón, «La ruptura de la ciudad obrera y popular. Espacio urbano, inmigración y anarquismo en la Barcelona de entreguerras, 1914-1936», *Historia Social*, 58, 2007, pp. 123-150. y «The split of a working-class city: urban space, immigration and anarchism in inter-war Barcelona», *Urban History*, vol. 36, part 1, May 2009, pp. 86-112.

Arrabales de la revolución

Investigar en historia urbana en base a la localización precisa de los comportamientos de los trabajadores en la ciudad requiere de fuentes propias. El Archivo de la Guerra Civil de Salamanca contiene numerosísimo (y muy desordenado también) material sobre afiliación política y sindical de los años treinta en Barcelona. Una particularidad distintiva de este archivo es que numerosas fichas y listados nominativos dispersos en los legajos están domiciliados, incluyen muchas veces, junto al nombre y oficio del trabajador, la dirección en la que reside. Esta particularidad, mucho más inhabitual en épocas anteriores a la Guerra Civil, ya que las principales organizaciones obreras anarquistas, en especial la CNT, la FAI y las J.J.LL. atravesaron largas temporadas de ilegalidad y práctica clandestinidad que obligaban a reducir la información del afiliado al mínimo, se convirtió por el contrario en lo que acaba siendo seña de identidad de un archivo destinado esencialmente a la represión, donde lo que se trababa en definitiva era recopilar todo tipo de datos nominativos e idealmente domiciliados para proceder a la búsqueda y detención inmediata de trabajadores sospechosos de cualquier tipo de simpatía revolucionaria. La sistematización de esos datos y su cruce con las listas nominativas y las hojas familiares del Padrón de 1930 u otras fuentes también domiciliadas (plantillas de empresas, listados de sociedades de socorros mutuos, de asociaciones obreras de ocio, etc) permiten localizar a los individuos casa por casa, calle por calle y barrio por barrio y reconstruir desde sus condiciones de cohabitación y comportamiento en la vivienda hasta las redes de parentesco en el ámbito del vecindario o del barrio.¹¹

¿Qué es lo que se descubre al localizar a todos esos millares de individuos en el espacio urbano? Si procesamos domicilio a domicilio listas nominativas y fichas del Archivo sobre afiliación sindical para los tres grandes sectores del trabajo manual barcelonés —textil, metal y construcción—, observamos que la CNT, ese sindicato cada vez más radicalizado en sus posturas revolucionarias, cada vez más enfrentado a la República, tenía una absoluta hegemonía en un ámbito espacial específico surgido en las afueras de la Barcelona de entreguerras: lo que hemos llamado las «segundas periferias». En esos nuevos barrios, por cada trabajador afiliado a los sindicatos de la UGT, un sindicato mucho más moderado e integrador,

¹¹ Para el detalle ver *La quiebra de la ciudad popular...*, cit. Capítulo 7

había seis afiliados a alguno de esos tres grandes Sindicatos Únicos confederales. En los suburbios populares, un universo residencial obrero consolidado en el siglo anterior, menos periférico y más mezcladamente popular, la posición de los confederales respecto a los ugetistas era en cambio muy distinta: por cada trabajador afiliado a la UGT había sólo dos trabajadores afiliados a la CNT. Si pasamos de la estricta afiliación sindical a la militancia, la imagen es también muy nítida. La segunda periferia constituían en términos comparados el más denso universo residencial de la militancia confederal, cuadruplicando casi el peso relativo de los ugetistas en ese escenario. El centro histórico y los suburbios populares, los otros dos grandes escenarios obreros, eran en cambio dos ámbitos con mucho mayor equilibrio relativo. Los arrabales periféricos no sólo eran pues los espacios urbanos de mayor presencia de la afiliación en términos relativos, sino también los de militancia más activa. Cenetistas y ugetistas compartían en cambio amplísimas áreas de la ciudad, tanto en el centro histórico como en los suburbios populares. El papel de los suburbios populares como bastiones exclusivos de la CNT, esos barrios que abrigaban el grueso del mundo obrero barcelonés, comenzaba en 1936 a ser cosa del pasado, por la competencia cada vez mayor de otras tendencias políticas y sindicales que iban progresivamente menguando la tradicional hegemonía confederal.

La existencia de un caldo de cultivo que hacía de las nuevas barriadas periféricas auténticos viveros anarquistas y de los jornaleros inmigrantes el núcleo fundamental de la CNT revolucionaria de los años republicanos se hace más evidente todavía al analizar la implantación del anarquismo más político y radical, el expresado por la militancia en los grupos de la FAI y de las Juventudes Libertarias. Las segundas periferias eran en efecto la sede privilegiada del radicalismo revolucionario barcelonés. Había en estos barrios una clara sobrerrepresentación de militantes anarquistas enrolados en los grupos de la FAI y de las JJ.LL., que los convertía en auténticos bastiones del insurreccionalismo. La afiliación a grupos de afinidad faísta del municipio de Barcelona fue en estas barriadas 2,4 veces superior a lo esperable dada la población obrera residente. Los jóvenes faístas de las JJ.LL. tuvieron una distribución territorial en la que destacaban también las barriadas del extrarradio: a principios de 1937 el único escenario obrero de la ciudad donde la presencia de jóvenes libertarios fuera muy superior a la media de la ciudad era precisamente el de las segundas periferias, que doblaban el promedio barcelonés. Lo mismo ocurrió con los equipamientos político-culturales de los que se dotaron estos gru-

pos anarquistas, los ateneos libertarios. La lista de ateneos en 1936 refleja bastante bien la misma constelación de barriadas periféricas.¹²

Por el contrario, el perfil socioterritorial de los militantes significados de los partidos obreros no anarquistas se situaba prácticamente en las antípodas. La «Barcelona frentepopulista» que se dibuja al localizar a los militantes significados del BOC y del POUM, de USC, del PSUC, del PSOE o del Partit Proletari tenía su auténtico epicentro residencial en el Ensanche y sólo los suburbios populares tenían un relativa importancia; por contra, las segundas periferias eran un escenario de despliegue militante absolutamente marginal. En realidad, lo que se dibuja al comparar a los militantes confederales con los de las otras organizaciones obreras, son dos Barcelonas, una «populista» y otra «anarquista radical», completamente opuestas, dos Barcelona que tenían sin embargo un punto común de confluencia en el centro histórico densificado y, sobre todo, en los suburbios populares, auténtico escenario en disputa. Idéntica oposición resulta de analizar el perfil sociológico de la militancia más significada. Cuando era trabajador manual, cosa que muchas veces no ocurría, el militante de estos partidos obreros era preferentemente cualificado y nacido en Cataluña de forma prácticamente absoluta. Los inmigrantes foráneos, la figura obrera principal del radicalismo anarconsindicalista, a excepción del caso del PSOE, ocupaban una posición secundaria.

Al ser los arrabales proletarios el escenario de mayor peso específico del radicalismo cenetista no es sorprendente su participación en los principales episodios de acción colectiva extra-sindical de los años treinta. La huelga de alquileres del verano del 31, el primero de esos estallidos, tuvo un seguimiento intenso en estas barriadas (durante los meses de verano se multiplicaron las demandas de desahucio en todas la Barcelona obrera, pero la proporción de impagados fue allí un 75% superior a la de los suburbios populares y barrios del centro histórico). Si observamos los conflictos propiamente políticos el cuadro es igualmente nítido. Las barriadas periféricas van a ocupar un lugar destacado en el ciclo insurreccional de principios de los años treinta, en especial en el episodio de diciembre del 33. El gran epicentro de la insurrección de la aglomeración barcelonesa se situó en los barrios de Collblanc y la Torrassa. Se declaró el comunismo libertario y durante cuatro días los grupos anarquistas tomaron Hospitalet. Fue el preludio de las jornadas de julio del 36.

¹² *La quiebra de la ciudad popular,...*, cit., Cap. 8.

La radicalidad de los arrabales inmigrantes de Barcelona quedó de manifiesto en los meses de la revolución. Desde el 19 de julio se detectó la activa presencia de Comités Revolucionarios de Barriada muy dinámicos que controlaron muchos aspectos de la vida cotidiana del barrio, desde el abastecimiento hasta la inscripción de voluntarios para la defensa de la revolución en las milicias. En la segundas periferias la hegemonía de los milicianos anarquistas era incontestable: de cada cuatro milicianos en el frente residentes en las barriadas extremas, tres eran anarquistas y uno sólo de los partidos políticos no anarquistas. El equilibrio era en cambio la nota dominante en los otros dos escenarios obreros. Si algo caracterizó a los milicianos anarquistas fue su perfil jornalero e inmigrante. Dos tercios de los hogares de milicianos anarquistas barceloneses estaban en efecto presididos por cabezas de familia foráneos llegados a la ciudad después de 1910, el doble de lo que cabría esperar. El perfil «transmiseriano» del miliciano anarquista, por utilizar la despectiva expresión de Carles Sentís, resulta pues evidente. Eran precisamente los barrios de más manifiestos déficits urbanísticos a todos los niveles los que en mayor proporción contribuían con sus jóvenes voluntarios a las diferentes columnas anarquistas. Los arrabales de entreguerras, los bastiones del anarquismo radical, serán también los que más duramente padecerán la represión posterior a lo hechos de Mayo, cuando las conquistas revolucionarias del «corto verano de la anarquía» queden definitivamente en suspenso, y los que llenarán como «presos gubernativos» las cárceles de Barcelona hasta casi el final de la guerra civil. Los residentes en las barriadas periféricas eran en proporción más del doble de lo esperable y su perfil sociolaboral respondía a las características del mundo radical que vengo analizando.¹³

El espacio urbano, matriz explicativa del insurreccionalismo anarconsidicalista

La primera respuesta para aclarar el porqué de la inhabitual presencia de anarquistas radicales en los nuevos barrios periféricos surge de analizar a fondo *dónde vivían* los distintos grupos obreros de la Barcelona de entreguerras. Los barrios periféricos eran los barrios espacialmente más segregados de la ciudad y donde los obreros inmigrantes que lo habita-

¹³ *La quiebra de la ciudad popular*,..., cit., Cap. 8.

ban mayoritariamente se encontraban más alejados de los autóctonos. En efecto, el estudio del padrón de 1930 muestra que las tres figuras obreras fundamentales, los obreros cualificados, los obreros autóctonos no cualificados y los obreros no cualificados inmigrantes, tenían tres grandes escenarios espaciales donde se desarrolló su vida cotidiana. El primero y más importante era el de los viejos suburbios populares del Llano de Barcelona: aunque dominaban los jornaleros, eran frecuentes también los obreros cualificados y tampoco faltaban algunos empleados y comerciantes. Eran «pequeñas ciudades», continuación de la mezcla de estratos sociales característica de muchos barrios populares del Ochocientos, donde cabía desde la industria y el taller hasta el pequeño comercio especializado. El segundo escenario espacial lo formaban los barrios densificados del centro histórico, que compartían algunas de las características de esa «mezcla de lo popular», pero donde la mayor degradación habitacional, la presencia de la inmigración reciente y el estar fuertemente marcados por el comercio, por los hogares monoparentales y por numerosas actividades artesanas largamente decantadas eran rasgos distintivos. Las segundas periferias, que formaban el tercer escenario y el más radical desde el punto de visto político-sindical, eran en cambio jóvenes espacios nacidos en los años veinte al margen de la ciudad, donde falta de cualificación, inmigración reciente y precariedad habitacional eran los trazos definitorios, un espacio donde la tradicional mezcla de capas populares de las viejas áreas era ahora sustituida por una homogeneidad obrera mucho más neta.¹⁴

La segregación espacial era particularmente sensible en esas bolsas de la inmigración reciente. Si las clases pudientes se distanciaron cada vez más del jornalero en el ámbito global de la ciudad, dentro del mundo obrero manual se constató una segregación crucial, una separación mucho más neta del estrato no cualificado, especialmente el de la inmigración más reciente, en «guetos proletarios». Los índices de segregación y concentración por grupos inmigratorios más destacados eran en efecto los de los murcianos y los de los andaluces, los grupos inmigratorios más recientemente llegados (Is =33, Ic =3,3-3,9), particularmente segregados de los catalanes (Id =37, 32). La distribución espacial era en forma de núcleos múltiples, en enclaves separados entre sí, tal como expresa el factor de «inmigración reciente y pobre», que asocia a andaluces y murcianos con determinadas características de vida asociadas con la precariedad: alta presencia del analfa-

¹⁴ *La quiebra de la ciudad popular,...*, *cít.*, Cap. 2 y 3.

betismo, hacinamiento y cohabitación no familiar. Lo esencial de toda esa Barcelona muy diferenciada en el espacio urbano se hallaba en algunos barrios densificados del centro histórico, como el Barrio Chino o la Barceloneta y en las segundas periferias, donde la rareza de familias catalanas era muy llamativa y el nivel de segregación respecto a las clases no manuales era el más alto de la ciudad. En ningún otro lugar era mayor la impresión de lejanía física, el aislamiento de unos barrios ajenos a cualquier atributo de centralidad y sin solución de continuidad con la edificación existente. A pesar de la percepción coetánea del barcelonés acomodado que identificaba sin más las llamadas «barriadas extremas» como guetos de «murcianos», ninguna comunidad regional dominaba en realidad ningún enclave urbano. Era en esos guetos proletarios, donde ninguna comunidad dominaba, pero donde era más patente la distancia respecto a los más largamente asentados, donde mejor se expresaba la fragmentación del mundo obrero tradicional, el mundo del mezclado barrio popular.

La segunda razón que explica la presencia más alta de lo normal de anarquistas radicales en los nuevos barrio periféricos surge de preguntarse a fondo sobre el *dónde se alojaban*: en qué casas, con qué costes de alquiler, en qué condiciones de habitación, los distintos grupos obreros de la Barcelona de entreguerras. Podemos esquematizar el mercado del alquiler barcelonés en tres diferentes escalones que coinciden con los tres escenarios obreros. En la franja más baja, justo por debajo de la raya de las 45 pesetas al mes, se incluían con pocas excepciones todas las segundas periferias. La franja intermedia, entre las 45 pesetas y las 55,2 de alquiler, delimitaba con exactitud el escenario de los barrios obreros del centro histórico. La franja más alta del alquiler obrero, por encima de las 55,2 pesetas, se concentraba fundamentalmente en los suburbios populares. Las condiciones de la vivienda eran especialmente duras en los «guetos proletarios» de la ciudad. En las segundas periferias en especial, la urbanización y las infraestructuras técnicas brillaban por su ausencia. La experiencia doméstica del suburbio popular era distinta, más variada y habitualmente de mayor espacio vital, de alquileres más caros, mejor equipamiento doméstico y menor densidad.¹⁵

El padrón de habitantes, esa fuente capital para el estudio de cualquier espacio urbano, nos ayuda también en el estudio de las condiciones de la vivienda obrera. Aunque la infravivienda ocupaba un porcentaje pequeño

¹⁵ *La quiebra de la ciudad popular, ..., cit.*, Cap. 4.

del stock habitacional, el obrero inmigrante más inestable no tuvo más remedio que recurrir a esa franja baja del mercado y tanto pasillos como barracas de las segundas periferias tuvieron una ocupación muy mayoritaria de obreros inmigrantes recientemente llegados a la ciudad. En los pisos subdivididos de dimensión mínima del casco antiguo y en las *casetas* de las segunda periferias, cuantitativamente más importantes que la infravivienda y con precios algo superiores, la presencia de los jornaleros inmigrantes era también mayoritaria. Lo mismo ocurría en el decisivo mercado del realquiler. La cohabitación no familiar, es decir el realquiler en sentido estricto, que afectaba a un 14% de los jornaleros catalanes, lo hacía en cambio a un 40% de los murcianos y almerienses. De la misma forma, para un jornalero murciano o almeriense era dos veces más probable residir en infraviviendas que para uno valenciano o aragonés y cinco veces más que para uno catalán. Las condiciones de hacinamiento y cohabitación de los hogares de los milicianos anarquistas, de los faístas y de los militantes de la CNT, eran muy superiores a las habituales en el mundo obrero barcelonés y siempre superiores a las de los militantes de los otros partidos y sindicatos obreros.

La tercera respuesta al porqué de la desmesurada presencia de anarquistas radicales en los nuevos barrios periféricos surge de preguntarse a fondo sobre el *dónde trabajaban* cotidianamente, si sus desplazamientos desde su casa al empleo se circunscribían al ámbito del barrio o realizaban en cambio largos desplazamientos que les obligaran al uso del transporte público y a permanecer durante largos lapsos de su vida cotidiana fuera del barrio de residencia. La Barcelona obrera de entreguerras era una ciudad donde la vida cotidiana se desarrollaba en la esfera de la proximidad, del radio corto. A pesar de que el transporte público se abarató desde la inflación de la Primera Guerra Mundial y se dilataron las cuencas laborales donde las fábricas reclutaban su fuerza de trabajo, siguió siendo caro para algunas capas obreras y no se alteró radicalmente la densa geografía de la población obrera de la ciudad. Eso tuvo dos consecuencias. Por una parte, pervivió una movilidad todavía «ochocentista»: más de dos terceras partes de los obreros barceloneses de los más importantes sectores no necesitaron con toda seguridad usar transporte alguno al vivir a distancias del trabajo perfectamente salvables a pie. Por otra parte, la movilidad se estratificaba por cualificación: a mayor salario mayor desplazamiento cotidiano. La mayor movilidad correspondía a los estratos más cualificados de la clase obrera, que eran los más proclives a la utilización del tranvía. El uso ocasional del tranvía y el corto caminar

diario al taller formaban en cambio la experiencia cotidiana del peón, de las mujeres y de los jóvenes aprendices. Dada la falta de industrias, en las periferias dormitorio caminar diariamente fuera del barrio era lo más frecuente. En todos esos nuevos asentamientos, en esas periferias de inmigración reciente, un porcentaje elevadísimo de los activos se desplazaba fuera del barrio a trabajar, como se observa en el barrio de la Torrassa al estudiar el censo obrero de l'Hospitalet de 1923. Esos desplazamientos eran habitualmente duros, caminando, largas distancias debido a la ausencia de medios de transporte.¹⁶

La cuarta explicación al porqué de la sobrerrepresentación de anarquistas radicales en los nuevos barrios periféricos surge de preguntarse a fondo sobre el *dónde y cómo se socializaban*. Aunque los indicadores muestran un descenso marcado de la comunidad barrial durante el período de entreguerras, durante los años treinta se mantenían todavía vivos muchos elementos de proximidad en la vida cotidiana: de un 40 a un 60% de los trabajadores de los años treinta, por ejemplo, hallaron consorte en su propio barrio y de un 50 a un 70% tenían parientes en primer grado residiendo a la vuelta de la esquina (o bien coresidían con ellos). Hallamos también confirmación de las diferencias de actitud en los distintos escenarios y figuras obreros. Los trabajadores de oficio eran con diferencia los menos móviles residencialmente. A diferencia de los jornaleros, cuando se mudaron de casa lo hicieron a largas distancias, abandonando el barrio de origen, pero no por ello fueron menos «barriales». En el nuevo barrio supieron recrear nuevas relaciones comunitarias de amistad; encontraron pareja y vivieron por igual la comunidad vecinal. En términos comparativos, estaban en realidad entre los grupos más barriales, los que durante más tiempo permanecieron en sus comunidades y aquéllos cuyas relaciones de parentesco, búsqueda de consorte y amistad eran por lo menos tan intensas y cercanas como las de los grupos no cualificados con más apego al barrio. No mucho más móviles a nivel residencial y con mudanzas de muy corto radio, los jornaleros nacidos en Cataluña apenas diferenciaron sus pautas comunitarias de las de los trabajadores cualificados. En reali-

¹⁶ *La quiebra de la ciudad popular...*, cit., Cap. 4. Ver también C. Miralles y J.L. Oyon, «De casa a la fábrica. Movilidad obrera y transporte en la Barcelona de entreguerras, 1914-1939», en J.L. Oyon, (ed.), *Vida obrera...*, cit.; J.L. Oyon, y C. Enrech, «Las diferentes movilidades de un municipio suburbano. Hospitalet y el censo obrero de 1923», en J.L. Oyon y J.J. Gallardo, *El cinturón rojinegro. Radicalismo cenetista y obrerismo en la periferia de Barcelona, 1918-1936*, Carena, Barcelona, 2004.

dad, las mayores divergencias de conducta en la comunidad barrial procedían de los jornaleros foráneos de reciente inmigración. Aunque sus pautas de amistad y sus espacios de cortejo no parecen muy diferentes de los de las otras dos figuras obreras, eran mucho más móviles residencialmente que ellos, con tasas superiores al 20% anual y, a excepción de los que vivían en las segundas periferias, con menores apoyos comunitarios en la red de parientes. En vísperas de la Guerra Civil, eran por término medio los que menos oportunidades habían tenido de arraigar en un espacio barrial o vecinal concreto.¹⁷

Los suburbios populares fueron los barrios más estables desde el punto de vista comunitario. Con tasas parecidas de movilidad residencial a las de los barrios del centro histórico y similares pautas de apoyo en las redes de parentesco y amistad, tenían en general las mayores tasas de endogamia matrimonial. Eran los barrios que ofrecían, a pesar de todo, las mejores perspectivas de estabilidad residencial. Extraordinariamente bien equipados en centros obreros de ocio y sociabilidad (pero también en mercados, comercio muy variado y pequeñas escuelas privadas) desarrollaron una tupida red de cines, bailes y otros lugares de entretenimiento que los convertían en lugares relativamente autosuficientes. En el otro extremo, las segundas periferias eran los barrios obreros más inestables residencialmente y los de menor endogamia matrimonial. Faltos de la rica tradición de centros asociativos de los otros dos escenarios obreros, de un comercio mínimamente variado, de cines y lugares de esparcimiento, sólo podían intentar equilibrar esas carencias recurriendo a la sociabilidad más primaria, a unas redes de parientes, vecinos y amigos tan fuertes como las de aquéllos.» Además, tendieron a compensar las carencias de redes y equipamientos comunitarios y el hacinamiento en la vivienda con una intensa vida en la calle. A diferencia del control «normativizado» del espacio público, de la sofisticación en el manejo de instrumentos de control de la calle y de la inversión en el espacio vecinal de la fiesta prototípicos de los suburbios populares, su control del espacio público festivo era elemental, las inversiones escasas. La vida en la calle era la simple extensión cotidiana de la vivienda hacia el espacio público. Compensaban esa falta de inversión y control, de sofisticación en el diseño del espacio público y de focos asociativos de todo tipo con una inusitada intensidad de la vida callejera.

¹⁷ *La quiebra de la ciudad popular,...*, *cít.*, Cap. 5.

Conclusión

Numerosos indicadores subrayan la especificidad de estilos de vida cotidiana propios de las diferentes figuras y escenarios obreros analizados en Barcelona. Esa diferenciación, esa división, fue desde nuestro punto de vista decisiva. De las tres figuras obreras, la figura del inmigrante reciente, era la peor alojada, la más inestable residencialmente en un mismo barrio, la que tenía menos soportes de apoyo en las redes de parentesco y la más obligada a un uso intensivo y no normativizado del espacio público, la menos relacionada con el equipamiento asociativo local. Si se exceptúa el apoyo en las redes parentales, que fueron incluso de mayor fuerza que en los suburbios populares, son esos mismos rasgos los que encontramos en las barriadas extremas. En ningún otro lugar era mayor la impresión de lejanía física, el aislamiento y la segregación de unas «comunidades de iguales». Las viviendas más baratas y las peores condiciones de urbanización y de transporte se daban también allí. El suburbio popular y muchos de los barrios del centro histórico densificado permitían en cambio el despliegue de numerosos equipamientos asociativos de ocio del que las segundas periferias estaban especialmente huérfanas. La sociabilidad barrial de las segundas periferias se apoyaba sobre todo en los soportes más elementales de la sociabilidad primaria: el parentesco y la vida en la calle.

La trascendencia del comportamiento socioespacial de algunas de las figuras y escenarios obreros a la hora de explicar la excepcionalidad del insurreccionalismo barcelonés y, en concreto, la importancia de la figura del jornalero inmigrante y de las periferias proletarias como sujeto y escenario centrales del radicalismo cenetista, fue indudable. Las condiciones particularmente duras a todos los niveles de la vida cotidiana en las barriadas periféricas y en algunas bolsas del centro histórico densificado *tuvieron indudablemente su repercusión a nivel político*. Eran en sentido estricto los espacios «menos barriales» de la ciudad: los de mayor movilidad residencial, los de redes matrimoniales menos densas, los de mayor lejanía y más largos desplazamientos al centro de trabajo y los menos dotados de equipamientos de sociabilidad que cohesionaran la comunidad. Sólo un estudio detallado del espacio urbano permite llegar a estas conclusiones. El espacio cotidiano de la ciudad, los estilos de vida de los trabajadores estaban pues en íntima relación con las actitudes políticas. No es que las determinaran absolutamente, pero sí que sin duda los condicionaron.